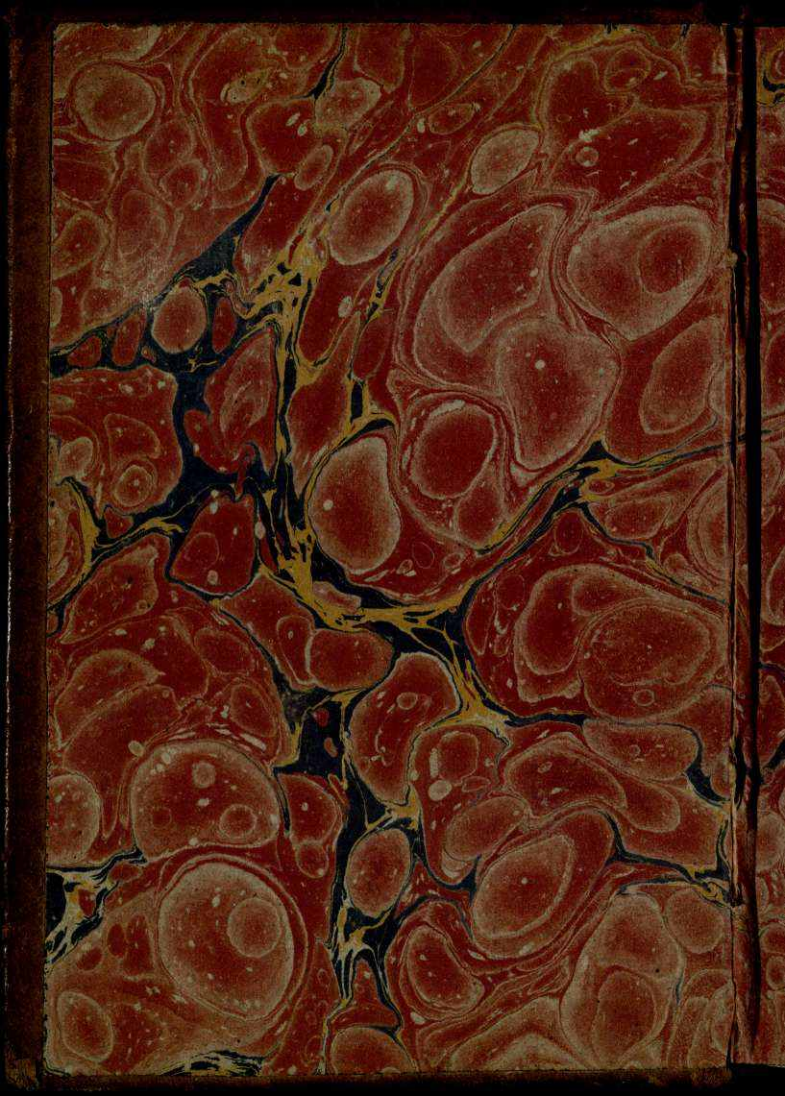
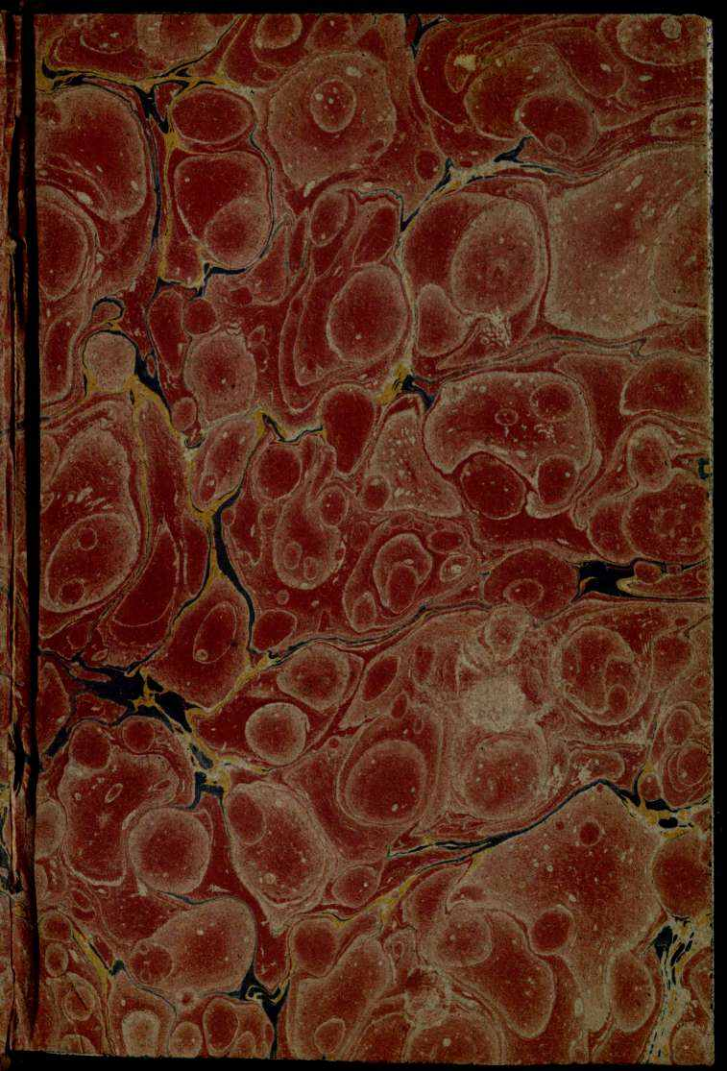
SHOUT
SHARE
IT





M2 D CC4 CVI años.

ENSAYO
DE UNA HISTORIA
DE LAS PELUCAS,
DE LOS PELUQUINES,
Y DE LOS PELUCONES,

EN LA QUE SE RIDICULIZA LA MODA DE LOS PEYNADOS, Y SE PRESENTAN LAS VENTAJAS DE CORTARSE EL PELO: ADORNADO TODO CON EPISÓDIOS Y DIGRESIONES DE POLÍGLOTA ERUDICION QUE VALEN MAS QUE EL TEXTO.

POR EL DOCTOR AKERLIO RAPSODIA,

Y DEDICADO Á SU PELUQUERO

DON TORBELLINO POLVAREDA.

MADRID: M D.CCC.VI.
EN LA IMPRENTA DE DON JOSEF DOBLADO.

ENSAYO

DE UNA HISTORIA

DE LAS PELUCAS,

DE LOS PELUQUEROS,

Y DE LOS PELUCONES,

POR EL DOCTOR ADEREJO RAPSODIA,

Y DEDICADO Á SU PELUQUERO

DON TORBELLINO POLVERINO.

MADRID: MDCCCVI.

EN LA IMPRENTA DE LOS JOVES PORLADO.

DEDICATORIA

Á DON TORBELLINO POLVAREDA

MI DIGNÍSIMO PELUQUERO.

Oh! tú el mas sabio entre los españoles peluqueros, que estudiaste en París, y te alzaste en esta Corte con la Proto-peluquería, que inventastes cortar el pelo á navaja, echar los polbos con fuelles, y dar el aceyte antiguo mas lustroso y de mejor olor; recibe en pago de tantas y tantas pelucas con que has cubierto mi venerable calva, la dedicatoria de una obra que te haga eterno en los fastos de la historia; porque has de saber, hijo mio, que le es mas

fácil á un literato como yo transmitir tu nombre á los mas remotos siglos que pagarte ni siquiera un peso duro.

Deseote tantos como fama póstuma aguarda á tu afecto parroquiano

El Doctor Akerlio Rapsodia.

INTRODUCCION

Y MOTIVO DE ESTA OBRA.

Es muy probable que si yo no fuese calvo, no llevara peluca, y entónces ¿cómo hubierais logrado, lectores mios, la mucha y muy selecta doctrina que contendrá este libro? Bien cierto es, que á veces de una pequeña causa suelen resultar grandes efectos; y posible seria que á mi venerable calva debieseis una de las obras mas erudítas del siglo XIX.; porque ello es, y sea dicho sin vanidad, que soy uno de los sabios mas universales de estos tiempos, y no os lo diria sino lo propalasen ya los periódicos extrangeros, y principalmente los de Sian y Jedo, y si mis poesías y discursos políglotos no estuviesen traducidos con su-

ma elegancia en la lengua malabárica, y en la cochinchinesa. Pasan de diez mil volúmenes los que he leido, ó mas bien devorado, contando desde el *Arte de cocina*, hasta el libro de *Secretos de naturaleza*. Las obras que tengo inéditas forman cien tomos en folio; la mitad son selectas poesías; la otra mitad elegantísima prosa; entre todas ellas merece distinguirse mi *Discurso Filosófico sobre la diferencia entre los dos puntos, y el punto y coma*; el *Poema épico-dramático-didáctico-lírico-satírico de los cangrejos*; y el *Arte de graznar*: son obras muy curiosas, y aunque todas en folio, ninguna pesada. ¿Quéreis os diga ahora lo que sé? Pues oid, y pasmaos: ochenta lenguas, entre ellas con perfeccion sin igual la tunquinesa, la iroquesa y la japonesa; ciencias y artes no se diga; en la erudicion soy un pozo inagotable; en la poe-

sía un fenix, y en la filosofía un huron : sino fuera cojo baylaria como Vestris ; una tos perruna que me acomete á lo mejor, me impide cantar como la Catalani ; pero amigos á jugar á las damas no me gana ningun mercader de Puerta Cerrada, ni á juegos de manos un valenciano, ni á hacer ponch y á beberlo un irlandes. No hay poeta italiano mas suave y melífluo que yo, ni escritor frances mas delicado, ni filósofo ingles mas profundo, ni erudito aleman mas macizo. La prueba de todo la hallareis en esta obra.

PLAN DE LA OBRA GRANDE.

Ya os he dicho que este opúsculo no es mas que un ensayo, un esbozo, un diseño, un rasguño, un plan, como querais llamarlo de la obra grande que ocupa muchos tomos en folio.

En ella trato la materia con toda la solidéz, profundidad y detencion que se requiere. La precede un discurso preliminar filosófico, físico, químico y farmacéutico, sobre el modo de escribir la *Historia de las Pelucas*, que como materia nueva pide método, estilo, lenguage nuevo, y voces novísimas: como las pelucas se hacen por lo comun de pelo, trato de esto disertando primero filosóficamente de su naturaleza, cómo se forma, y de qué humores; para venir á tratar del pelo del hombre, comienzo hablando del de todos los animales, de las crines, puas y cerdas; clasifico la especie humana, segun las especies de pelo, clasificacion enteramente nueva que á mí se debe, muy clara, metódica, sencilla y que derrama mucha luz sobre la historia natural. Como el pelo se forma en la cabeza, doy una descrip-

cion anatómica de ella, y si Vicqd' Azic no escribió mas que un tomo en folio del cerebro, yo no escribo mas que diez de la cabeza, y esto por abreviar y reducirme á lo meramente preciso: la cabeza se sostiene sobre el cuello; el cuello sobre los hombros; los hombros encajan en la armazon huesosa cubierta de músculos &c., y yo nada omito por lo tanto de la anatomía del hombre, ni de la fisiologia, á la que he *empujado* (*poussé*) extraordinariamente.

El tratado sobre las materias de que se hacen las Pelucas, es muy extenso, variado é instructivo, y presenta muy esquisitos conocimientos geográficos, históricos, y de antigüedades, que van unos en el cuerpo de la obra, y otros en las notas; pues hay tomos enteros de notas, que valen mucho mas que el texto, y aun hay notas de notas, y notas de

otras notas, formando un lucidísimo laberinto. Hay citaciones en todas lenguas, retazos en verso y prosa de los mejores autores, traducciones, imitaciones, disertaciones, apéndices, suplementos, adiciones sobre varios puntos que no se deben omitir; y por último un diccionario enciclopédico de las voces dudosas, y poco conocidas: decidme ahora si no es menester toda mi profundísima erudicion y filosofía para desempeñar obra tan vasta. Pero esto lo conocereis mas á fondo por los pocos pasages que en este ensayo se contienen, *ex ungue leone.*

En quanto al órden y método que aquí me propongo seguir, os diré que esto se queda para los filósofos antiguos, pues nosotros los filósofos modernos, hemos descubierto que el mayor órden está en el desórden, y que un bello desórden es el efecto del ór-

den; y así no hacemos libros sido volúmenes, escribimos á salga lo que saliere, sin formar plan alguno, dexando correr libremente la pluma por donde quiera, y como quiera, y así se producen hermosísimos *Xefes de obra*, y bellísimos monstruos, que se leen sin cuidado ni meditacion alguna, y divierten é instruyen que es un portento.

ORIGINALIDAD.

Os diré tambien que mi obra es original, y enteramente nueva en su objeto y en su forma; pues hasta ahora ningun autor antiguo ni moderno, ha emprehendido el escribir seis gruesos volúmenes en folio, sobre las *Pelucas*, ni hacer de ellas un verdadero panegírico en el *genero demostrativo*, como viene á ser éste: es pues mi obra el *intactum carmen* de Horacio ¡Qué modestia la mia!

Con que así no hay que venírseme luego acusando de plágio. Sí, señor crítico, mejor que V. sé yo que el Abate Thierry, enfadado de que otros tuvieran mejor peluca que la suya, escribió un grueso volúmen contra todas las pelucas antiguas y modernas; pero sepa V. que el verdadero plagiario fué *Thierry*, que copió á *Junio* y á *Rangon*, y estos copiáron á otros, y así se escriben los libros sacando de aquí y de acullá. Tambien el autor de las modas francesas copió á *Thierry*.

LOS PEYNADOS.

Cierto que la naturaleza nos ha dado el cabello para que sirva como de cubierta y abrigo á la cabeza; pero tambien nos ha dado las uñas para trepar y arañar con ellas; córtanse estas porque incomodan, y córtase tambien aquel

para mayor comodidad y aséo. *El arte de la especie, es su naturaleza*, y nada es bueno en ésta si aquel no la perfecciona: de este modo me voy engolfando en filosóficas meditaciones sobre el estado que llaman de naturaleza y el social, los daños de aquel, y las ventajas de este, que allí todo es malo, y en este hay mucho bueno, sobre todo la conveniencia y el regalo, y así vengo á parar á que muchas naciones se cortan el pelo para mayor conveniencia, soltura y aséo, cubriendo la cabeza quando les acomoda con bonetes, sombreros, turbantes, gorros, pelucas &c.; y ya veis que ni en uno, ni en dos voluminosos tomos, pueden tratarse debidamente tantos y tan importantes artículos.

Al hombre formal y ocupado en negocios ó trabajos continuos, le es útil tener el pelo cortado por mas desembarazo, aséo y conve-

niencia; y como en la moda todo es capricho, hecha la vista á ello, tan hermosa está una cabeza pelada, con este ó el otro tufo ó moño, como con el cabello caprichosa, y las mas veces ridículamente peynado.

Parece el hombre serio, respetuoso y sencillo con el pelo cortado; así nos representamos las cabezas de los héroes antiguos, de los grandes capitanes, de los filósofos, de los emperadores, de los ministros del culto, y en fin de nuestros antiguos españoles: los retratos de la mayor parte de los grandes hombres de nuestra nacion, tanto soberanos, como guerreros, ó sabios aparecen pelados; esta fué la moda del tiempo de nuestro explendor: tan hermoso estaba entónces el hombre que lo era en sí pelado, como con pelo; los cojos, los jorobados y contrahechos y los tiñosos, siempre han

sido feos con pelo ó sin él: una muger bonita bien pelada, me agrada tanto como bien peynada, con tal que la primera no esté raida á navaja, ó la otra no se ofusque y pierda á la vista báxo un promontorio de pelote suyo ó ageno.

Si quando hayamos perdido enteramente la idea de los grandes peynados, pues todo decae insensiblemente, y las reformas no se hacen de golpe, se nos aparece de repente en la Puerta del Sol, en el Prado ó en el Teatro, un Señor con un almohadon de pelo, en forma de pirámide ó de rueda de molino, con cinco ó seis grandes cañutos colgando de las orejas, y un disforme y larguísimo rabo negro, mayor que hopo de zorra, despidiendo una nube de polvos por todos lados; ¿no reiremos á carcajadas, y diremos que aquel hombre ha perdido el seso cargando con tal almatoste? ¿Y qué se-

rá si al acercarnos le hallamos cubierta la cabeza de agudas puas como herizo, ó con unos punzantes alfileres largos y agudos qual caballos de frisa? Diremos que es ó algun animal de las indias, ó alguna terrible máquina de guerra de nueva invencion.

Mucho digo en el artículo de las pelucas, de los peynados antiguos y modernos; pero en tanto que nos engolfamos en aquel occeano de erudicion, atendamos á las modas que hemos visto pasar rápidamente en estos tiempos, para lo qual (con dolor lo digo) no puedo citar á lo mas que la *Enciclopédia de los Peluqueros*, de Monsieur Beaumont, obra no inferior en mérito á la metódica de Panckouke. ¿Visteis aquellos disformes tupés tan lisos, tan lustrosos, tan encopetados, sostenidos en una almohadilla que se os amarraba á la nuca? El peluquero tiraba

de vuestros pelos sin piedad ni misericordia alguna arrancándoos el pellejo; y luego sebo y mas sebo, horquillas y mas horquillas, y polvos que blanqueasen el soberbio edificio, con lo que saliais á la calle con aquella disforme torre de Babél, sufriendo agudos dolores; pero amigos si andábamos atormentados, si padeciamos violentos dolores de cabeza, si se caia el pelo y aun la piel, para eso lo luciamos, y eramos los *elegantes* de entónces. ¿Y qué muger no sufrirá inaudítos tormentos por ser *elegante, y del supremo buen tono*, y ser citada como modelo? Yo conocí en París allá en mis verdores una buena señora, que se quedó con sumo gusto helada, y murió contentísima por haber sido la que se presentó en un paseo con el mas *graciosísimo desnudo.*

Acordaos de aquellos tremendos erizones, que iban á descan-

sar en dos amplísimas aletas, llamándose por esto tales peynados de *ala de pichon*: todos los gatos de la vecindad parece habian andado arañando en aquel promontorio que tenia mas pelo natural ó postizo, que lana un colchon; y para domar el pelo, retorcerlo, rizarlo y obligarlo á que formase tan caprichosos dibuxos, os arremetia el peluquero con un hierro hecho asqua, tostandoos la nuca y las orejas, y aun derritiendoos los sesos, si los teniais; y luego empuñaba un gran mechon, os tiraba de él desapiadadamente, y haciendo hincapié en la silla os levantaba en vilo, y sacudida vá y viene, y tiron y mas tiron y arañazo, y en tal refriega á veces el fatalísimo peyne, ó mas bien infernal rastrillo se desmandaba hácia la frente, y os llevaba un pedazo de pellejo, haciéndoos un no mediano arañazo; vaya todo, no por

Dios, sino por la maldita moda.

Habreis advertido en estas dos pinturitas cierto calor y fuego, mas propio de un poeta, que no de un consumado y consumido erudito como yo soy; pero tambien os diré, segun un autor moderno: *Que la naturaleza hace eloquentes*, y que uno *expresa bien lo que bien siente*; y se me han representado tan á lo vivo los crueles tormentos que padecí en las garras de los peluqueros, quando yo tambien llevaba *tupés con sebo de Flandes, y erizones con pomada á la franchipana*, que mi pintura no ha podido ménos de salir con toda la fuerza expresiva del original. ¡Ah! ¡quién no vió y sufrió aquello! ¡Y cómo es cierto que mi calva proviene mas que del estudio, de estos y otros *luxosos* desmanes: *luxoso*, ¡qué voz tan bella!

EL PELO CORTADO.

Gracias á Dios que me quedé calvo, me labo mi chinesca cabeza, me encaxo mi reverenda peluca si voy á salir, ó mi gorro doble acolchado si me quedo en casa, y me ahorro de tantos tormentos como ántes pasaba; y nada diré de la pérdida del tiempo; he calculado que hubiera escrito cincuenta tomos mas en los instantes que me peynaban. ¡Qué atraso para la literatura! Volvamos á mi erudicion favorita.

Hubo costumbre cerca de los gentíles que criando los niños cabelleras, quando eran algo mayores, se trasquilaban, y ofrecian la cabellera al templo de Apolo, al qual pintaban en perpetua juventud, y con *cabellera rubia*. ¿No sé si os he dicho que quando yo tenia pelo era rubio como unas can-

delas; pero os lo diré bien despacio en la disertacion histórica crítica, química y filosófica sobre las cabelleras rubias que está en la obra grande. Decia pues, que pintaban á Apolo con cabellera rubia; y así le daban el nombre de *Chrysócomo*, ó el del dorado cabello, flavo, intonso y crinito. Y esta preciosa cabellera la colgaban en las columnas de su templo.

Yo sacrifiqué mis cabellos á aquella cruelísima moda, y á Minerba y á Venus; y si ahora los tuviera me los cortaria como los mancebos romanos, y los ofreceria á Apolo. Hacedlo vos, amable juventud, y dexaos de tupés, de erizones y demas ridículas modas; llevad lisa y aseada vuestra cabeza, y no la sujeteis á la dura esclavitud de los peluqueros, los quales queden solo para hacer pelucas á los viejos y calvos como yo. Tened presente hermosas damas,

que en los funerales de Adonis, las mugeres fenicias sacrificaban á Venus su hermosa cabellera; que la juventud de ambos sexôs entre los asirios, no podia segun la ley contraer matrimonio sin ántes haberse cortado su cabellera, y colgádola en el templo de Belo, en honor del monstruoso *Pez Oanes*, y que lo mismo se hacia en Trecenes, en honor del castísimo mancebo Hipólito.

—Repito, pues, que los antiguos romanos traian el pelo cortado; y además añado ahora que llevaban la cabeza descubierta, á diferencia de los orientales que la cubren con pesadísimos turbantes de mil extrañas, y aun ridículas formas.

—Poco á poco, señor Rapsodia, me dirá algun tabacoso erudito, no ménos macizo que yo; lo que V. vá ensartando ahí es falso; los griegos y los romanos, llevaban tambien los cabellos largos á la moda

de los celtas; y sino ahí está el señor Simon Pelloutier en su *Historia de los celtas, y particularmente de los galos y germanos*, que no me dexará mentir; pero yo le replicaré á este señor tabacoso, que no he *encalvecido* sobre los libros para dexarme cascar las liendres, y que si los romanos llevaron cabellos fué en los tiempos bárbaros; pues quando comenzáron á civilizarse adoptáron la moda de los cabellos cortos.

Aquellos conquistadores del universo solo se cubrian la cabeza caminando ó estando en el anfiteatro, y si estaban enfermos se ponian una mantellina, como nosotros un gorro, ó si llovia se cubrian con un cabo de la toga ó capa.

Parece natural que aquellos pueblos bárbaros que tanta estimacion hacian de la cabellera, reputándola como señal, atributo ó preeminen-

cia del hombre libre, despreciasen al contrario el cortarse el pelo, y lo tuviesen por un signo y prueba de esclavitud, rapando á los infelices que querian castigar. En efecto aquellas feroces gentes septentrionales, godos, francos y burguiñones que invadiéron el imperio romano, venian con sus largas melenas, por lo que si os parece los llamaremos *melenos*. Entre ellos era grande ignominia el cortar á uno el pelo, equivaliendo en quanto á los nobles á la misma muerte. Usóse entónces tambien en nuestra España este genero de castigo; y así quando Leovigildo venció á Ebórico, le hizo rapar el cabello por grande afrenta y deshonra: lo mismo hizo Recaredo con el traydor Argimundo que era su camarero; y aun parece que como el verdugo hiciese aquí de peluquero, inclinó un poco la fatal navaja, y le cercenó como quien no

quiere la cosa, la cabeza y una mano: Wamba hizo raer á navaja al traydor Paulo y á sus cómplices.

Era señal de tristeza en algunos pueblos el cortarse los cabellos. Los argivos, que se preciaban de sus hermosas cabelleras, habiendo sido vencidos por los lacedemonios, se las cortáron con solemne juramento de no dexárselas crecer hasta restaurar la pérdida, y vengar la injuria; juramento muy parecido al de nuestro Don Quixote; pero los lacedemonios que hasta allí andaban motilados, hiciéron ley contraria de que criasen cabellera. Los Milesios habiendo sido veneidos de los crotonitas, y arruinado á Sibaris, se rapáron á navaja en señal de sentimiento, de llanto y de tristeza.

Tambien era señal de luto el cortarse los cabellos; y así vemos que el coro canta en el Orestes de

Eurípides: "Ahí teneis al esparciata Tyndaro agoviado de vejéz, que llega apresuradamente cubierto con negras vestiduras, y raido el pelo, en señal del luto que tiene por su hija." Y en la misma tragedia la triste Electra acusa á Elena de falta de miramiento y reflexîon; pues habiendo perdido á su hermana, solo se ha cortado la punta de los cabellos; y así exclama contra sus maldades, y pide á los dioses que la castiguen, pues ha sido su perdicion, la de su hermano y la de toda la Grecia.

Aun mayor fué el luto que los persas hiciéron á la muerte de Masistio, pues no solo se rayéron el pelo, sino que lo rayéron tambien á todos sus caballos, que estarian bonitos.

Tambien era costumbre cortarse los cabellos para ofrecerlos como holocausto sobre el sepulcro

de los muertos. Teucro en el *Ayax furioso* de Sófocles dice al jóven Ayax, señalándole al sepulcro de su padre: "Ven niño, acércate en humilde postura al que te dió el ser, quédate allí mirándole, y teniendo en tus manos la triste ofrenda de mis cabellos, los de tu madre y los tuyos propios." Electra en la tragedia del mismo, así llamada, viendo á su hermana Crisothomis traer á el sepulcro de Agamenon las ofrendas de Clytemnestra, exclama: ¿creeis acaso que esas falaces ofrendas puedan servir de expiacion por el asesinato de mi padre? No, no, de ningun modo. Dexad esos inútiles dones, y mejor será que os corteis esos cabellos, y los ofrezcais juntos con los mios. ¡Pero ay infeliz! pocos me quedan ya, pues los he ofrecido en sacrificio; doy los que tengo, y cuyo desaliño demuestra mi dolor.

Buscando siempre la rasura de los cabellos, démos un ligero salto nada ménos que desde Agamenon á Carlo-Mágno, para hallar los cabellos cortos entre los franceses: este emperador que nada tuvo de bárbaro, ántes bien la Francia le debió su lustre y explendor, y una grandeza qual hasta ahora no ha vuelto á tener, despreció en extremo los cabellos largos, como cosa afeminada, y él los llevó cortos; aun mas cortos los llevó su hijo, y *Cárlos el calvo*, fué como yo, que no los tenia ni largos ni cortos. En tiempo de Hugo Capeto, volvió la moda de los cabellos largos, y á la cuenta que en esto hubo grande exceso y luxo pues se prohibiéron con censuras eclesiásticas, apoyándose los que los combatian en aquel texto de San Pablo en su Epístola á los Corintíos, que dice: "La » naturaleza nos muestra que es co-

»sa vergonzosa, que uno dexe cre»cer sus cabellos." Esto duró hasta que Luis el jóven se los cortó á persuasion de Pedro Lombardo, que le reprehendió sobre ello: tambien los lleváron cortos San Luis, Cárlos V., llamado el sábio, y Luis XII., pues no pasaban de la mitad del cuello. La moda varió en tiempo de Luis XIII. pues como este soberano gustase de las hermosas cabelleras, todos andaban á porfia por llevarlas largas, fuesen naturales ó postizas. *Véase á Legendre, usos y costumbres de los franceses en los diferentes tiempos de la monarquía.*

En 1521, como en un juego que se hacia entre los cortesanos el dia de los Reyes hubiesen tirado inadvertidamente á Francisco I. un hachon ardiendo, entre otros daños que le causó fué abrasarle la cabellera; al otro dia ya todo el mundo apareció con los

cabellos cortados. Veáse á Pasquin en el lib. 7 de sus *Investigaciones*. Alberto Krancio en su *Historia de los Vándalos* nos dice que quarenta años ántes se habia introducido la moda del pelo cortado en todo el imperio germánico, y así que los príncipes alemanes se enviaban recíprocamente pulidas tixeras para que probasen en sus espesas y rubias cabelleras si cortaban bien.

Dice Mezerai en su *Compendio de la Historia de Francia*, que la moda de cortarse el pelo, y dexarse crecer las barbas duró desde Francisco I. hasta Luis XIII. en que poco á poco se fué haciendo lo contrario, que fué cortar la barba, y dexar crecer el pelo.

Segun el erudíto Pellicer en sus notas al Quixote se usó el cabello largo en España hasta Cárlos V., el qual por achaques de cabeza se lo cortó, imitándole sus cortesa-

nos, y al fin sus vasallos; y esta moda permaneció todo el reynado de Felipe II., Felipe III. y principios de Felipe IV., en cuyo tiempo se fué introduciendo la barba larga, los copetes, los tufos, y el cabello partido en Crencha; y esto confirma lo que dixe, de que en el tiempo de nuestro mayor explendor llevamos el pelo cortado, y que fuéron pelones nuestros heroes, y nuestros sabios.

LA CALVA.

Mejor suelen conocerse las cosas por lo que no son, que por lo que son, pues muchas definiciones vienen á reducirse á decir, que una cosa no es otra. Pregun tas á un químico moderno ¿qué es frio? Y él te responde, que la ausencia del calor; y con esto te dexa tan fresco como en garapiñera; por lo tanto haces mal en

decir que tienes frio, pues hablando propiamente debes decir: me falta calor.

La calva es ausencia del pelo: mas acertada es esta definicion que la del frio, y sin embargo te estoy viendo reir de ella como de una necedad. Perdemos los pelos porque nos falta la médula celular que los produce; esto sucede en la vejez, en que los pelos se secan, deshacen, y caen. Aquí extracto á Haller y demas fisiólogos. Con esto ya sabeis que soy viejo; pues sabed ahora que mi muger es moza, y que si soy calvo por viejo y estudioso, ella tiene mucho pelo por moza y álegre. Y sin embargo suele llevar peluca, y no creo sea por imitarme, y mucho ménos por darme gusto.

Extracto de Covarrubias en su tesoro de la lengua castellana. Verbi calva. Tambien es este un au-

tor de los mas profundos, sólidos y enciclopédicos, y cortado por mi misma tixera. Dice Quevedo de él, en su burlesca dedicatoria del *cuento de cuentos*. "Tambien se ha »hecho *tesoro de la lengua española*, »donde el papel es mas que la ra»zon: obra grande, y de desaliña»da erudicion." Pero no deis crédito á este satírico, que era naturalmente mal contentadizo, y de todo se burlaba. Mas os interesará saber si tambien traia peluca el señor Covarrubias, y si era calvo: nada puedo deciros sobre esto; pero estad seguros en que no publicaré mi obra grande hasta que lo averigue.

Volvamos á la calva:::: Dice mi autor "que las sienes y el cogote tienen cabello, salvo si no se pierde por enfermedad, ú otro accidente." Reiros ahora de mí: y sigue. "Calva es aquella parte de la »cabeza que llaman mollera, quan-

„do está rasa sin cabellos." Definicion idéntica con la mia.

Viene ahora la historia civil y política de los calvos. Hay linages de hombres, que desde muy niños lo son. = Todos los moradores de la isla llamada Micone, una de las Cicladas, no léjos de Delos, son calvos. = Descripcion geográfica de esta isla, y discurso histórico sobre la Grécia antigua y moderna.

De Sócrates se escribe haber sido calvo, y su muger Xantipe, le daba en rostro con ello. = La anécdota del astrólogo Zopiro, que por estas y otras señales le juzgó por luxuriosísimo, vá por nota, y el texto griego al canto. Otra anécdocta del poeta Eschilo, que tambien era calvo, y una aguila le dexó caer sobre la calva una tortuga, con la que le mató. = Disertacion sobre la posibilidad del hecho, en la que se citan nada mas

que docientos autores griegos, y se ventilan algunos puntos importantísimos de óptica, dióptrica y catóptrica.

ANTIGUEDADES,

USOS Y COSTUMBRES SOBRE LA CALVA.

Los antiguos tenian horror á la calva, entre los griegos y los romanos era la calva de malísimo agüero; pues un calvo apestaba á muerto á dos leguas de distancia: la razon de esto se dará á su tiempo.

La hermosa Triphenes, viendo á su amante sin pelo, le cubrió con una de sus muchísimas pelucas; lo dice con suma elegancia Petronio: *Corymbio dominæ pueri adornat caput*; ¿y por qué? por no padecer la deshonra de estar calvo.

Quando César entraba triunfante en Roma, gritaban sus soldados:

¡*Calvum mœchum duxîmus*; *maritî, servate uxores*! ¿Luego César era calvo? Y así es que el senado para consolar al vencedor de las naciones, y que su calva no fuese asunto de mofa, le permitió llevar perpetuamente una corona de laurel, convirtiendo con esto su corona en una verdadera peluca. Dice tambien Ovidio: *servate uxores, calvus adulter est.*

ETIMOLOGÍA.

Esta calva de Cesar le hacia tanto mas ridículo, dice Cardano, quanto que su nombre indicaba una hermosísima melena, habiendo sido muy celebrada la de su abuelo, la que le valió el dictado de César: *Cæsar á Cæsarie dictus.* Á esto replica el eruditísimo Servio, y dice: que por ningun estilo viene César de *Cæsaries*, y que no hubo tal melena, siendo

lo cierto que César *á Cæso matris utero dictus*; y añaden Rousset, Leroi y Boudeloque, médicos todos de grande fama, que la operacion cesárea es excelente; pues á ella debió Roma *Manlio*, *Escipion el Africano y César*; y la inglaterra el célebre *Eduardo VI.* Ninguna fuerza hacen estas razones al doctor Sacombe, quien sostiene, que son de un orador, y no de un médico, y que la operacion cesárea es un asesinato, y que no es lícito matar á la madre, por libertar al hijo.

Aprieta mas la dificultad sobre aclarar la etimología de la palabra César, otra tercera opinion en que se defiende que el primero que tuvo este nombre, lo debió á haber muerto á un elefante en una batalla que se dió en áfrica. Y en efecto, *Jano Bircherodio que en su historia de la órden del elefante* está por esta opinion, asegura que

en la lengua mauritánica, al elefante se le llama *César*; y tambien trae allí una medalla antigua, en la que se ve la figura de un elefante, y por exêrgo *César*; ergo, arguye el sábio Bircherodio: *dictus á Cæso cesare César*. Ea lectores, pesad cada argumento de por sí, y decidios por la opinion que mas fuerte os parezca; pues los peluqueros estarán siempre con Cardano por *César el de la melena*; los médicos con Sérvio, por *César cesariana*; y los caballeros de la órden del elefante, con Bircherodio, por *César elefante*; pero como yo no soy ni peluquero, ni médico, ni caballero dinamarqués, atengome á mi calva, y me excuso de tomar partido.

Y pues estamos en el artículo de las etimologías, no dexemos sin ventilar la principal, que es la del calvo. "Dice Aristóteles (*Covarrubias loco citato*), que las muge-

»res y los espadones ó capados, no »tienen calva; por esta misma ra»zon son tenidos por luxuriosos, »y tambien por astutos; y así cal»vo se dixo del verbo, *calvo, cal»vis, decipio, frustro.* Y de aquí »vino una manera de hablar *calvó»le* por engañóle, que tambien se »usa en la lengua latina. Salustio »en el tercero libro de su historia: »*Contra ille calviratus hoc est de»cipi, &c.* El calvo se llama en »griego *phalacros*" ... ¿Quéreis mas? Quéreis os hable del juego de la calva ó marro? No, quede con otras cosas para la obra grande.

Apuesto á que estais ahora pensando, en que se me ha pasado por alto, el dar razon de la causa por qué la calva era de mal agüero entre los antiguos; pues os equivocais, que aquí es su propio lugar, y voy á hablar de ello.

EL CABELLO FATAL.

Enfermaba un antiguo, poniáse de peligro, matábale la enfermedad, ó mas bien el médico, desauciábale éste. = Y bien, se moria. = Nada de eso, era preciso, que ántes baxáse invisible madama Proserpina á pelarle ó afeytarle la coronilla; pues si no se le atravesaba el alma al moribundo sin poder ir adelante ni atrás. En la obra grande, en comprobacion de esta noticia, que como muchas de las que aquí hallareis, os cogerá de nuevo, traygo nada mas que quarenta páginas de citas; pero aquí solo os presentaré algunas.

Ya sabeis que la infeliz Dido, luego que la abandonó el para ella no muy piadoso Eneas, se dió la muerte.

Estaba la reyna de Cartágo
sobre la aguda espada ya muriendo,
la espada de espumosa sangre tinta.

Y sin embargo aun no moria. ¿Y por qué? Virgilio que es su historiador responde: porque la infernal diosa tardaba en arrancar á su víctima el cabello de que pendia la vida.

Nondum illi flavum Proserpina vertice crinem
abstulerat, stygioque caput damnaverat orco.
Ergo Iris croceis per cœlum roscida pennis,
mile trahens varios adverso sole colores,
devolat, et supra caput adstitit. Hunc ego dîti
sacrum jussa fero, teque isto corpore solvo.
sic ait, et dextra crinem secat: omnis et una
dilapsus calor, atque in ventos vita recessit.

Que nuestro Gregorio Hernandez de Velasco traduce así:

Aun no le habia Proserpina cortado
el dorado cabello, ni aun la habia
condenado á baxar al huerco estigio
la ruciada Iris por el ayre

batiendo apriesa sus purpúreas alas,
de mil colores varios matizada
del sol causados que la hiere enfrente,
baxa á dó estaba Dido así penando,
y puesta encima su cabeza dice:
yo de la santa Juno mensagera
este fatal cabello te arrebato,
y al rey le llevo de la ciudad fiera,
y del corporeo nudo te desato.
Diciendo aquesto corta con la diestra
el cabello fatal: en aquel punto
todo el vital calor se fué del cuerpo:
y por los vientos fué volando la alma.

Le Blond, uno de los mas modernos traductores franceses de Virgilio, dice en una nota acerca del *cabello fatal*, que segun la creencia de los griegos y romanos, cada uno tenia en la cabeza un *cabello fatal*, dedicado á Proserpina, y del qual pendia su vida; y aun este cabello era por lo comun *roxo ó rubio*. Y los que eran calvos ó estaban pelados ¿cómo vivian? como yo, llevando su correspondiente peluca.

Texto griego. Eurípides en su *Alcestes*, hace aparecer á Apolo, que intercede con la misma muerte, quando nada ménos, á favor de la reyna que se ofrece en sacrificio por libertar á su esposo, "No, » no, responde muy enfurruncha- » da la muerte, Alcestes aunque de » temprana edad baxará al sepulcro; » y en este mismo instante voy á » dar prisa al sacrificio, y aun á » principiarlo con esta espada; pues » aquel cuyos cabellos ha llegado á » cortar, queda al instante consa- » grado á las deidades del infierno."

Por la misma razon Petronio nos presenta al poeta Eumolpo burlándose de un su amigo que habia perdido los cabellos.

Quod summum formæ decus est cecidere capilli:
vernantesque comas tristis abegit hyems.
Nunc umbra nudata sua jam tempora mœrent:
areaque attritis nidet adusta pilis
ó fallax natura Deum: quæ prima dedisti
ætati nostræ gaudia, prima rapis.

Infelix, modo crinibus nitebas,
Phœpo pulchrior et sorore Phœbi:
at nunc lævior ære, vel rotundo
horti tubere, quod creavit unda,
ridentes fugis et times puellas.
Ut mortem citius venire credas
scito jam capitis perisse partem.

Que imitaremos en español en el siguiente soneto con estrambote.

Perdiste el cabello tan amado,
requisito esencial de la hermosura,
el triste invierno de la edad madura,
la flor de la primera te ha robado.
Lloran tus sienes, que las ha faltado
la sombra que en el pelo dió natura,
y echa ménos tu frente sin ventura
el roce del cabello ensortijado.
Nuestro primer adorno es lo primero
que nos quita la edad. Envanecido
ayer mostrabas tu cabello hermoso,
y ya temes la risa del chancero,
viendo tu calva qual metal bruñido,
ó qual hongo de sitio pantanoso,
No vivas con reposo:
próxima considera ya tu muerte,
que en cadáver tu frente se convierte.

Basta de cabellos. Siguen las

CABELLERAS.

Con quánta extension, con quánta profundidad, con quánta filosofía no está tratado este artículo en mi obra grande: nada importante ha pasado desde Adan acá en quanto á pelos ó cabellos, que allí no se diga.

Salen á relucir la cabellera de Berenice, la de Sanson, la de Absalon que pesaba doscientos siclos, y otras muy famosas; hablo de las rubias, largas y rizadas cabelleras de los alemanes, y de las cortas, ásperas y menudas de los etiópes; y para que no me creais sobre mi palabra cito á Marcial que dice:

Crinibus in nodum tortis venere sicambri
atque aliter tortis crinibus ætiopes.

Luego voy tratando de los pueblos que han dexado crecer el pe-

lo, y de los que se le han cortado, y hago ver que por lo comun los primeros han sido salvages, bárbaros ó medio civilizados, pues solo estiman los adornos naturales, no conociendo otros; y las naciones mas antiguas y civilizadas han solido usar el cortarse los cabellos: así es que los orientales lo llevan por lo comun cortado, dexándose crecer la barba en su lugar; tambien lo usaban cortado los griegos y romanos, como se infiere por las medallas y monumentos antiguos, dexando á las mugeres y gente afeminada el cuidar vanamente del peynado. Los guerreros principalmente, lo usaban cortado; ni cómo es posible hubieran podido sufrir una espesa melena baxo aquellos pesados cascos?

En comprobacion de lo dicho se ve que los antiguos lusitanos, en tiempo que hacian vida salvage por los montes y lugares incultos, cria-

ban los cabellos largos como las mugeres, y esta costumbre hubo de ser comun entónces en los demas pueblos de España, y aun despues de haberla conquistado los romanos, no obstante de usar estos el cabello cortado como decimos.

Herodoto y Marcelino nos dicen que los pérsas se dexaban tambien crecer los cabellos, y así el oráculo délfico los llamó crinitos; y á esta parte de Francia, segun Alexandro ab Alexandro se llamó *Galia Comata*, por criar mucho pelo, y tener gran cuidado de él.

En efecto todos los autores convienen en que los antiguos gálos y francos hacian mucho caso de una hermosa melena, siendo entre ellos signo de imperio, y libertad una larga y ondeante cabellera, por manera, que segun la expresion de un sabio moderno los antiguos reyes francos lleva-

ban por diadéma sus propios cabellos, y así eran llamados *crinitos*.

Las largas melenas fuéron de moda entre los reyes de la primera y segunda línea de los francos; los reyes las llevaban muy largas, y las personas reales y la nobleza á proporcion de su clase y distincion. El pueblo estaba ya mas, ya ménos pelado; el siervo lo estaba enteramente, y el hombre *poeta*, es decir el que pagaba impuestos, no lo estaba del todo. Parece que esta moda de las largas cabelleras la introduxo Clodion, hijo de Faramundo, por lo que se le llamó el *cabelludo*.

HEROISMO DE LAS CABELLERAS.

Extraño y gracioso título dirá algun lector acurrutacado, ridículo y feo replicará un lector machucho. Excelentes y originales cosas vamos á leer, añadirá el prime-

ro, extravagancias y necedades, replicará el segundo, y cerrará el libro. No hagas tal, ó tú lector moderado é imparcial, que tal vez no te pesará leer en estilo alegre heroicas acciones, dignas de ser sabidas é imitadas.

Estando cercada Cartágo de los romanos, y faltando las sogas y maromas para atar las máquinas, las mugeres cartaginenses se cortáron los cabellos para que las hiciesen de ellos. ¡Heroicas mugeres, heroica accion y *heroicas cabelleras*! ¡Jamas se despojó el bello sexó de sus adornos con mas noble motivo; jamas fuéron mas útiles los cabellos; jamas pareció mejor la moda de estar peladas! Cedan pues los caprichos de la moda ó la hermosura de una grande melena al interes general de la patria. Frontino dice haberse hecho lo mismo en Rodas y Marsella; y Vegecio refiere cosa igual de las mugeres ro-

manas quando los galos tuviéron cercado el Capitolio en tiempo de Camilo; y añade Marciano en el lib. 2. *de las antigüedades romanas*, que por esta causa los romanos erigiéron un templo en el Capitolio á *Venus la calva.* La diosa del amor calva, ¡qué mas dicha para un erudíto que se ha vuelto calvo por dedicar á su estudio parte de sus vigilias literarias!

Vaya, para amenizar, un trocito de prosa poética; y cuidado que yo no tengo mas mérito que el de traducirla.

"La Sicilia iba á caer baxo el yugo del feroz sarraceno; agotado el lino y el cáñamo, aquella infeliz tierra no prestaba para su defensa ni cuerda al tirante arco, ni xárcias á los navíos que parecian inmóviles; ¿pero qué no puede el amor de la patria en una heroica cabellera? Sacrificánse por la patria, y qual otro *Decio* se ofrecen

en holocausto al dios de los combates. Caen á un tiempo al golpe de fatal tixera, que ellas mismas invocarán, se hilan en elásticas cuerdas, y se extienden en gruesos cables. Mudase todo: recobra sus alas la nave; la flecha hiende de nuevo los ayres; cae en tierra el sarraceno, ó baxa ensangrentado á lo profundo de las aguas: huye la esquadra africana, y queda libre la Sicilia. ¿Quál será la recompensa de los vencedores? Pelan tambien á los vencidos, y sus melenas sirven de adorno á las cabezas sicilianas; y esta peluca noble hija del *civismo* y de la victoria, tuvo por nombre la *sarracena*. V. art. *especies* y *sub especies de las pelucas en la obra grande*. De esto trataremos luego; que el artículo de las pelucas es el principal en el ensayo y en la obra, siendo estos otros articulillos como preliminares indispensables de él.

ANTIGUEDAD DE LOS MECHONES.

AVISO IMPORTANTE Á LOS CURRUTACOS.

Un tesoro vale este pequeñísimo artículo, y merecia yo ciertamente por él, que los currutacos me levantasen estátua hecha no de bronce sino de despojos de sus rapadas cabezas. Sabed, amigos mios, que esos moñetes, tupés ó mechones que os dexais en la coronilla de vuestra mondada cabeza, que no parece, sino que os poneis la coleta al rebés trae un origen muy antiguo y respetable; pues viene quando nada ménos de los Magíes ó Machlies, los quales traian la media cabeza de la parte derecha con cabellos, y la media izquierda raida á navaja: el caso es idéntico, media cabeza peluda, y media pelona; pero como vosotros por la extraordinaria fuerza de vuestro ingenio in-

ventais aun imitando, habeis dispuesto que el moñete abubilla caiga como hermosísimo penacho de cerdas cubriendo la frente y aun los ojos, dexando raso el colodrillo, lo qual hace un efecto muy pintoresco. Pero es bien seguro que luego que se haya *aviejado* esta moda, y no tardará; dareis por variar é ir perfectamente á la antigua, en llevar el moñete caido al desgayre, y con muchísimo salero, sobre la oreja derecha; y aun mucho me temo que algun currutaco intrépido y denodado no se me aparezca una de estas noches en la Fontana, ó en el teatro con el mechon caido de un lado, y el sombrero abarquillado del otro, cubriendo la parte rapada: prometo si tal hace de gravar su retrato, y publicar cinco épicas composiciones que inmortalicen su nombre.

ORIGEN DE LAS PELUCAS.

Tiempo es ya de que entremos en materia. Dice el Doctor Thiers en su *historia de las pelucas*, que los cortesanos, los roxos y los tiñosos fuéron los primeros que usáron las pelucas; los cortesanos por finura y delicadeza; los roxos por vanidad, y los tiñosos por precision. ¿Y los calvos? Entran en la cuenta de los tiñosos.

ETIMOLOGÍA DE LA PALABRA PELUCA.

Profundísimo y sapientísimo ademas es este artículo, y en extremo rico en erudicion; pero ántes de engolfarme en la materia, quiero deciros que *peluca* es voz francesa, y que hablando con riguroso *purismo* debeis decir cabellera ó coleta.

¿Qué es pues la peluca? Una ca-

bellera artificial. = Muy bien dicho; ¿pero por qué llamamos peluca á una cabellera artificial? = Aquí entra la dificultad; pues resuelta esta qüestion daremos al instante con el origen de las pelucas, y completaremos el artículo anterior, pues no hay mas que un paso desde el origen de la palabra al de la cosa. En esto como en todo estan discordes los etimologistas.

Leo á Menage en el tomo once de su *Diccionario etimológico*, art. *peluca*, y me dice que viene del latin *pilus* (pelo); pero este origen no me satisface por moderno, mas me agrada Guyet, el qual atestado de griego, sostiene que proviene de *penikè*, *coma addita*, cabellos añadidos: Wachter no ménos grecizante acude á su *Glosario germánico*, queriendo que provenga de la otra palabra griega *purrikos*, *flavo*, *rubio*: no tolera Stiléro que se prive á su patria del honor de ha-

ber dado origen á la peluca, y así lo deriva de la dulcísima palabra alemana *barrüke*, (velo de la cabeza). Ustedes delirian, dice á todos estos antiquarios el orientalista Mitalier, y le sostiene nuestro Covarrubias: la peluca tiene mucha mas antigüedad pues que trae su origen, ó de la palabra hebrea *perah*, ó de la caldea *pervach*, tupé de cabellos.

Un tal Pedro refiere Labbé en sus *Etimologías francesas* fué el inventor de *las pelucas ó el que las supo ajustar á la cabeza con mas gracia y disimulo* (son sus propias palabras), y de Pedro (Pierre) *perruque* ó peluca la derivacion es legítima.

Aquí entro yo con no menor refuerzo de erudicion. *Peluca ó perruca*, (cabellera) se parece mucho á la palabra italiana perruca; ¿no es pues este un orígen muy natural? Si quiero puedo añadir algunos mil años de antigüedad á la palabra parruca, haciéndola descen-

diente por linea recta del latin *perula*, diminutivo de *pera*, (bolsa, bolsillo, mochila, saco): segun este sistéma, el único que hallo probable, y no podia ser otra cosa siendo mio, formo el siguiente árbol genealógico, etimológico: "La »peluca cubre la cabeza, ergo »es para ella como una bolsa ó »saco, *perula*. *Perula* se convirtió »por corrupcion en *peruca*, y lue»go en *parruca*, y de aquí *perruca y* »*peluca*. ¡Exâtísima conformidad en »todas sus partes, y filiacion bien »demostrada!"

Así es que la peluca es muy antigua en Italia, segun aquellos versos de Bellincioni, poeta milanés del siglo XV., que dicen,

Herch' Absalon mori per la perruca.

Sin embargo quiero daros mayores pruebas de mi recóndita y selecta erudicion. ¡Oh! vosotras docta Grécia y feliz Arábia; sin duda que de vuestra antigua union

tuvo orígen la peluca! ¿Qué orientalista hay que no reconozca á primera vista en el nombre propio de nuestra heroina la preposicion griega *peri*, *circum*, *al derredor*, y el sustantivo árabe *nucha* (*nuca*)? *Peri nucha, cubre nuca.* ¡Excelente idea! ¡Excelente analogía entre el nombre y la cosa! y este es el modo de derivar los nombres de las cosas por su uso. Del griego *peri* quitemos la *i*, y del árabe *nucha* la *n*, queda *per-ucha*, y como los franceses son amigos de abreviar en todo formáron la síncopa *perruque*. Veamos ahora ¿qué erudito, ni qué filósofo prueba lo contrario? ¿Y quién no admira el talento y maña de un antiquario? nada se le resiste, todo lo allana y arregla con su ciencia, pudiendo volver negro lo blanco, sin que le puedan hacer ninguna fundada objecion.

ANTIGUEDAD DE LAS PELUCAS.

Demostrado pues el antiquísimo orígen de la palabra *peluca*, queda demostrada, como veniamos diciendo, la antigüedad de la peluca misma.

Tuvo pues orígen entre los antiguos. ¿Pero en qué pueblo ó ciudad? Aun no ha podido decidirse esta importantísima qüestion, sucediendo con la peluca lo que con Homero. Dicen que hubo nueve Homeros, y disputan agriamente, sobre quál de ellos fué el autor de la Yliada; siete ciudades disputan tambien sobre en quál de ellas nació, y no pudiendo avenirlas el gramático Appion, recurre á los dioses infernales, y cierto que solo ellos podrán aclarar qüestiones semejantes, y avenir tan encontradas opiniones. Al mismo extraño arbitrio recurrió Hermolao Bár-

baro para llegar á descifrar las *Entelequias de Aristóteles*. ¡Qué no puede el amor á la ciencia! Tampoco estan de acuerdo sobre el tiempo en que nació, y no discrepan mas que unos tres siglos, que es una friolera; y por último hay quien dice que no hubo tal Homero, ni tal guerra de Troya, y que todo ello es un cuento meramente alegórico.

Vuélvome á mi peluca. Un célebre comentador rabino, quiere que á su pais se deba este precioso descubrimiento, atribuyendo á Micol, hija de Saul, la invencion de la peluca, fundándose en el texto del libro de los reyes, que dice: "que Micol, tomó una está-» tua que metió en el lecho de Da-» vid, cubriendo su cabeza con una » piel de cabra, y el cuerpo con » algunas ropas." Segun esto la peluca seria de orígen judio, y no tendria mas que unos 2858 años

de antigüedad. ¿Pero qué semejanza hay entre un pellejo de cabra y una peluca?

No han adelantado mucho mas otros autores. No sé en qué se funda Clearco para decirnos que la primera peluca se vió entre los japigienses que ocupaban la antigua Pulla. Mejor será decir que el orígen de las pelucas se pierde en la obscuridad de los tiempos, y que este adorno es tan antiguo en las mugeres, como su deseo de agradar. Y aunque mi autoridad en esta parte vale por ciento de las mejores, os diré que tambien es esta la opinion de Rangon en su tratado de *capillamentis*.

Pero mas vale mantenernos en paz con los cronologistas, no sea que se enfaden, y nos ahoguen con un turbion de números árabes y romanos. Quédense en buen hora con el tiempo fabuloso de las pelucas, bastándonos á nosotros con

hablar de la peluca de la hermosa Corisca, de la que trata Guarini en su *pastor Fido*; prueba evidente de que tambien hubo pelucas en la edad de oro. Habiendo agarrado por los cabellos un lascivo sátiro á la pastora Corisca, solo pudo ésta escapar de sus garras, dexándose entre ellas su peluca.

Vaya por via de agradable diversion y episódio el monólogo del pobre Sátiro, que quedó burlado, y que tal vez era la primera que veía una peluca.

Corisca mia detente,
loca tus cabellos dexas,
ninfas, pastores, venid,
ved la maravilla nueva.
¡Pero ay Dios! ¿Qué es lo que digo?
yo soy mas loco que ella,
¿Habrá fingir semejante?
Quando yo juzgué tenerla
entre mis brazos, se escapa
¡Ah detextable hechicera!

Si yo te llego á coger,
castigaré tus cautelas.
¿Pues qué? tu amable sonrisa,
tus miradas alhagueñas,
tus palabras: ¿todo en tí
fué fingido? todo era
supuesto, ¿hasta los cabellos?
Amantes tened vergüenza
de que la muger os burle.
Venid, mirad estas hebras
de oro, con que amor formaba
vuestros lazos y cadenas,
cogedlas que ya no dañan,
puesto que fingidas eran.

Viniendo ahora á los tiempos conocidos de la historia, comencemos por el siglo de Ciro. Es indudable que los médos y los pérsas, usáron de pelucas; pues así nos lo afirma Xenofonte, diciendo, que quando el niño Ciro vió á su abuelo Astiages con real peluca, se volvió para su madre diciéndola: ¡*Ay madre mia, y que abuelo tan hermoso tengo*! Eliano cita á Posidippo que nos dice, que

la hermosa Aglais, hija de Megaclo, contemporáneo de Ciro, usaba de continuo una peluca adornada con una piocha de hermosas piedras.

Segun Suidas y Tito Livio, Aníbal, aquel guerrero no ménos famoso por sus extratagemas que por su valor, para escapar mejor de las asechanzas de los galos acostumbraba mudar á cada instante de vestidos y de pelucas. Apiano dice que los iberos mandados por el célebre Viriato, se pusiéron unas pelucas con larguísimas coletas para espantar con esto á los enemigos; los quales ciertamente se espantaban de poco, y se conoce que no habian visto las coletas de nuestros cocheros.

Tampoco te pasaré en olvido amable Reyna de Egipto, castísima Berenice, cuya rubia cabellera inmortalizada por Climaco y Catulo, se elevó desde el templo de Venus Zefirides, hasta las

celestes regiones, miéntras que qual resplandeciente astro brillaba en el olimpo entre Leo y Virgo tu hermosa cabellera, ¿qué habria hecho en Alexandría tu dignísimo esposo sino hubiera tenido para consolarse la peluca de Berenice?

Habiendo recibido los griegos las artes del Egipto y de la Fenicia, donde tuviéron su cuna, no pudiéron ménos de ser excelentes peluqueros. Menage nos dice, que entre ellos la peluca se llamaba *phenaché*, *impostura*; y en efecto ¿qué es una peluca si no la mentira de una artificial cabellera? Es evidente que en Roma en los últimos tiempos de la república se habia hecho general la moda de las pelucas; y así es que Tibulo Ovidio, Propercio y Galo, han elogiado en graciosos versos las pelucas de sus queridas.

FORMA DE LAS PELUCAS ANTIGUAS.

Empecemos por la peluca egypcia. Segun Belon se parecian unas veces como pirámides, otras como torres, á manera de la torrecilla que los pintores y los poetas ponen sobre la cabeza de Cibeles, ó de los grandes tupés que antiguamente se usáron entre nosotros, con los que todas las mugeres parecian gigantillas.

En una estátua que aun se conserva de Cleopatra se ve que sus cabellos estan partidos sobre la frente en dos crenchas, formando cada extremo como una media luna: y esta era la peluca á la *Isis ó Diana del Nilo.*

Segun algunos pasages de Tucidides se ve que las damas Atenienses preferian entre las pelucas aquellas cuyas rubias melenas cogidas en una trasparente red, medio se

ocultaban, solo por brillar mas. Otras gustaban de recoger aquellas trenzas en la coronilla, sujetándolas con agujas de oro, cosa muy parecida á un rodete. La cabeza de aquellas agujas tenia la forma de cigarras; faltándolas solo la voz; pues estaban siempre moviéndose, y como si fueran á volar. Los currutacos de en tiempo de Aristófanes usáron del peynado á la *inocente*, que tan de moda fué pocos años ha; y así lo usaba el afeminado Cratino; y segun Ovidio, Safo para agradar á Faon se clavaba en la peluca muchos rascamoños guarnecidos de perlas.

El abate Nadal en su *Disertacion sobre el luxo de las damas romanas* nos dice, que era menester rapar muchisimas cabezas para adornar la de una sola dama romana. Unas veces ondeaban los cabellos sobre las espaldas á la merced del viento; otras caian formando ri-

zos sobre un blanquísimo pecho, á veces formaban con ellos hermosas coronas, y otras se levantaban derechos, dexando descubierto un cuello mas blanco y terso que el marfil. Plotina, muger de Trajano, fué la que introduxo en Roma las pelucas á la *Andrómaca*, de que nos habla Juvenal en su sátira sexta.

..... *¡Tanti est quærendi cura decoris!*
tot premit ordinibus, tot adhuc compagibus altum
ædificat caput: Andromachem à fronte videvis;
post minor est, credas aliam. Cedo si breve parvi
sortita est lateris spatium, breviorque videtur
virgine pigmæa, nullis adjuta cothurnis,
et levis erecta consurgit ad oscula planta.

Que viene á decir así en castellano.

La muger sabe cuidar
de tal modo su hermosura,
que hasta su misma estatura
sabe con arte aumentar.
Forma sobre su cabeza
un prodigioso peynado,

como edificio elevado
ó templo de la belleza.
Andrómaca la dirás
si por delante la vés,
pero pygmea despues
mirándola por detrás.
Quisiera sin su peynado
mirar á estas chiquitillas
empinarse de puntillas
para mirar á su amado.

Este peynado agradaba mucho á las mugeres pequeñas.

Hasta los dioses del Olympo honraban á las pelucas con una proteccion especial. Los sacerdotes de Diana llevaban una peluquilla con los pelos erizados. No contento Apolo con brillar en los cielos con su dorada melena, parece queria apoderarse de las mejores pelucas de Roma para adornar sus imágenes. Los sacerdotes de la buena Cibeles tenian siempre empleados el talento y manos de los peluqueros, y á veces

tambien competian con ellos en el honor de rejuvenecer con la moda las marchitas facciones de la madre de los dioses. Era tenida por milagrosa la aguja con que la peynaban; y Servio en sus *Comentarios á Virgilio* la coloca al lado del cetro de Priamo, y del escudo de Rómulo, entre las prendas de la gloria y duracion del imperio romano. Pero entre las pelucas de los dioses, ninguna habia mas respetable que la peluca de Júpiter *Multi comans*, *mucho pelo*, *ó lleva-pelucas*, como dice muy erúditamente Lamothe-le Vayer. Y aun podria presentaros á la *Paz* con peluca; pero me contento con citaros en quanto á esto los Comentarios del Presidente Bouhier á la guerra *civil de Petronio*.

Las medallas nos presentan las cabezas de Oton, de Cómodo, de Popea, de Julia, de Lucila adornadas con *capilamentos*, que era el

nombre genérico de las pelucas romanas; y Winkelman dice, que en las cabezas de algunas estátuas de damas romanas se hallan peynados de pelo postizo, y que la cabeza de la estátua de Lucila, muger del emperador Lucio Vero, que se conserva en el Capitolio, tiene cabellos de mármol negro, puestos de modo que se pueden quitar. Las petimetras romanas tenian en su tocador diversas especies de pelucas para las diferentes horas del dia. Llevaban el *Galericon*, especie de casco que las hacia parecer guerreras; el *Corymbion*, especie de disforme erizon que imitaba con sus rizos los racimos de la yedra, y se parecia mucho al de las bacantes, servia para las visitas de etiqueta, los paseos y los teatros. Suetonio nos dice que Oton tapaba su calva con el *Galericon*, y que Calígula se disfrazaba con esta peluca para con mas libertad

rondar de noche por las calles de Roma, abandonándose á sus infames vicios; haciendo lo mismo la impúdica Mesalina.

Pero no hay duda en que la peluca de Cómodo fué la mas famosa de toda la antigüedad, segun la brillante descripcion que de ella nos da Lampridio; era un *Corymbion*, pero de los mas grandes y mas magníficamente adornados, empapado en perfumes y esencias, y cubierto de polvos de oro.

Segun Marcial, traian de Alemania á Roma cierta legia fuerte con que enrubiar los cabellos; pero como de esto proviniesen enfermedades de cabeza, corrimiento á los dientes y muelas, les aconsejaba el poeta que traxesen cabelleras postizas, pues con aprovecharse de las que cortaban á los mismos alemanes vencidos y hechos siervos suyos, se podian adornar con ménos peligro, y mas ga-

la. De qualquiera modo que sea, las cabelleras de los alemanes y de los galos eran las mas estimadas de los peluqueros romanos; pues eran tan rubias como hebras de oro.

Pero en donde principalmente brillaban las pelucas, era en los dias festivos. En las calendas de Enero, es decir en los primeros dias del año, no podia hacerse mejor aguinaldo que el regalar una peluca.

Aquí diserto largamente en la obra grande sobre el origen de los aguinaldos, y digo cosas muy curiosas.

Si las fiestas *Matronales* eran las fiestas de las damas romanas, tambien eran las de las pelucas: tambien hacia un papel brillante la peluca en las fiestas bacanales, ó el carnaval de los romanos: los hombres iban mezclados con las bacantes, llevando antorchas encendidas

en la mano, y en la cabeza pelucas de mugeres; y tambien me dá esto motivo para disertar larguísimamente sobre las fiestas bacanales y el carnaval.

Leed el *Asno de oro* de Apuleyo, y hallareis en las procesiones de Isis á un devoto africano que va con escarpines dorados, lleva una vestidura de seda tan larga que le arrastra, y está adornado con mil preciosísimas joyas. Al mismo tiempo moviendo la cabeza agita blandamente los bucles de su peluca, y remeda en el andar los dengues y amorosos meneos de una pulida muchachuela.

Parece que el casquete de las pelucas romanas era hecho de piel de macho cabrío, y encaxaba tan bien que apénas se conocia si era postizo el peynado, y por lo tanto dice muy bien Marcial en su epigrama 45, lib. 12.

Hœdina tibi pelle contengenti
nudæ tempora verticemque calvæ
festivæ tibi, Phœbe, dixit ille,
qui dixit caput esse calciatum.

Fabio si cubres tu calva
con un pellejo de macho,
podremos decir que llevas
la cabeza con zapatos.

Pero á veces todo el arte de los peluqueros no podia preservar á uno de algun intempestivo y desatento aquilon, como sucedió á aquel caballero de quien nos habla Festo Avieno, á quien un huracan llevó de repente la peluca, dexando descubierta su calva, que fué objeto de la malígna risa de los circunstantes.

El caso lo refiere en estos mismos terminos el poeta.

Calvus eques solitus religare capillos
atque alias nitido vertice ferre comam:
hujus ab adverso Boreæ spiramina præstant
ridiculum populo conspiciente caput.
Nam mox dejecto nituit frons nuda galero
discolor apposita quæ fuit ante coma.

Iba el pobre muy ufano
con sus postizos cabellos;
pero vino un vientecillo
mal criado y desatento
que le arrancó la peluca,
dexándole al caballero
con su triste calva expuesta
á las injurias del pueblo.

Tal era la manía de llevar peluca, que el calvo que no podia comprar una, pues á la cuenta eran muy caras, queria á lo ménos llevar una semejanza de ella. Así lo dicen Marcial, Turnebo y Farnabe; el primero en el epigrama 57, lib. 6. y los otros dos en su comentario.

El epigrama dice así:

Mentiris fictos unguento, Phœbe, capillos
et tegitur pictis sordida calva comis
tonsorem capiti non est adhibere necessum
radere te melius spongia, Phœbe, potest.

Con pinturas disimulas
esa reverenda calva,
á bien que para pelarte
no necesitas navaja,
excusas tener barbero
pues con una esponja basta.

Se pintaban pues la cabeza con pomadas de diversos colores, y á estos plastones perfumados daban la figura de una peluca, y los torcidos surcos con que con suma maña las adornaban, imitaban perfectamente, segun dicen, los cabellos naturales. Esto supuesto, dice Marcial, que para pelar en un instante, y sin riesgo alguno la mas hermosa cabeza, bastaba con una esponja; y aun hay en el dia muchas naciones salvages que estiman mucho esta especie de peluca pintada.

PELUCAS MODERNAS.

Ya os he dicho que Clodion fué llamado el *cabelludo* por su disforme cabellera, y Sorel en sus *anales*

de la Monarquía francesa nos representa á Clodoveo adornado en la ceremonia de su bautismo de una peluca en forma de panal, trabajada y perfumada con extraordinaria delicadeza; por lo qual el santo obispo que hacia la ceremonia le reprendió, y entónces él con los dedos arañó el peynado, y lo deshizo. En España es tambien muy antigua la peluca, pues el traductor del *Carro de las donas*, que es del siglo XV, entre otras modas mugeriles cuenta la de los *cabellos prestados* que *traen en la cabeza.*

En el siglo XII se usáron las largas cabelleras con utilidad de las pelucas que servian para los que tenian poco ó ningun pelo.

Segun el *Historiador de las modas francesas*, el peynado era entónces un negocio de suma importancia, y una muy formal ocupacion. Se comenzaba la operacion tiñendo los cabellos para darlos un

color rubio que era de moda; luego venia un hierro caliente para formar los rizos, y hacerlos lustrosos. Se usaban mucho los peynados postizos, pues el arte tenia que suplir á la naturaleza para adornar el triunfo de las modas nuevas; el tiempo, el trabajo y aun el dinero eran tenidos en nada con tal que de ello resultasen aquellos asombrosos peynados, y aquellos rizos tan delicados que eran como la esencia de un petimetre del *buen tono*, y de una cabeza de moda: las cabezas que tenian poco pelo recurrian al arte para poder ir á la moda, haciéndose algunos tan célebres por sus monstruosas pelucas, que su nombre ha pasado á la posteridad.

Vino luego como ya hemos dicho la moda del cabello cortado y las cabelleras, y con ellas las pelucas, no volviéron á aparecer en Francia hasta el reynado de Luis XIII.

Entónces las pelucas no fuéron como en los siglos bárbaros, algunas filas de cabellos que formaban un ligero cerco sobre un espacioso casco; sino que eran finísimas trenzas, texidas con suma gracia en una como red de seda, y de tal modo que á veces el adorno postizo era muy superior al natural. Esta nueva especie de pelucas se llamaba de *bonete* por parecerse á él.

Parece que entónces eran de moda las pelucas rubias, y que los cabellos con que se hacian costaban muy caros, pues cada onza se vendia á seiscientos reales; y aun hubo peluca rubia por la que se llegó á pagar hasta doce mil reales, cantidad crecidísima para el dia, y asombrosa para entónces.

No fué ménos feliz la peluca en tiempo de Luis XIV., extendiendo su imperio por toda la Euro-

pa. Entónces pareciéndola poco el reynar en la mas noble parte del hombre, y no contenta con el dominio de la cabeza se extendió orgullosa por las espaldas, cayendo hasta la cintura, y flotando envanecida qual la crin de un leon.

No habiendo bastantes cabellos rubios para tantas pelucas, se recurrió á los negros, y se inventó el echarlas polvos, y perfumarlas con esencias y con olores delicados. Los tufos rizados ligeramente imitáron las lanas de los perros falderillos, ó de los corderos; y así se la llamó.

Podemos decir que esta fué la edad de oro de las pelucas: hubo algunas que pesaban dos libras; pero tal era á veces la maña del peluquero, que á pesar de su inmenso volúmen, de que estaban peynadas, no venian á pesar diez onzas.

¡Extraña vicisitud de las cosas

humanas! Miéntras que las barbas de nuestros mayores, cayéndose de puro viejas, apénas al morir se atrevian á formar en algunas ancianas bocas dos mostachos orizontales, y caian como unos agudos pincelillos sobre las barbillas de moda; las pelucas brillantes con sus gracias y juventud, se iban apoderando de todas las nucas, y semejantes á la fama, que crece quanto mas anda, viniéron bien pronto á formar en los dos sexôs el adorno principal, quando algunos años ántes, solo habian sido un ligero accesorio.

Antes los petimetres habian parecido con sus pelos cortos y sus barbas en punta, especies de machos cabríos; y ahora con sus amplísimas pelucas parecian carneros en dos pies.

En aquella época se hiciéron muchos utilísimos descubrimientos como el té, antigua produccion

de la China ; el café, preservativo de indigestiones; el chocolate, que restablece los estómagos débiles; el tabaco, amigo de las narices golosas; los manguitos, tan cómodos para los frioleros; los simones, tan útiles para los usías de medio pelo; y sobre todo, las vueltas de tres dobles; los calzones como alforjas; los guardainfantes ó tontillos, que dan peso, amplitud y magestad á la persona.

Pero aunque todas estas producciones honran á aquel siglo, la posteridad, no se atreverá á igualarlas con una de aquellas disformes pelucas. El arte del peluquero logró sujetarlo todo á su riguroso imperio. ¿Quál supo mejor que él ocultar la ligereza de la edad juvenil, báxo el exterior de una aparente vejez; y para valerme de figuras mas encumbradas y de moda, quál supo cubrir de un modo mas conveniente con el trage

de invierno á una cabeza que estuviese en toda su primavera? Entónces fué la edad de oro de los peluqueros, pues se viéron honrados y enriquecidos; despues todo ha ido en decadencia hasta el dia en que:::::: ¡amargo dolor y cruelísima memoria! Cayó la grandeza del grémio, y excepto algunos pocos que queden para peynar una que otra viejísima peluca, los demas:::::: la azada ó el fusil será su miserable recurso.

Pero sigamos el hilo de nuestra historia; una momentánea desgracia vino á perturbar el curso de tanta prosperidad. ¡Ah! porque sucede siempre que la mayor elevacion sea preságio de la mayor caída: sentencia filosófica, como que es de Claudiano, (in Ruf.) *Et summo venit suma ruina gradu.* Estos latines elevan la frase, dan peso y autoridad al discurso, y le hacen filosófico y sentencioso. Ello es

que el rayo que respeta al humildísimo cesped, parece complacerse en herir á la ambiciosa encina que llega como á tocar con las nubes. Seamos ingénuos, y convengamos en que la peluca demasiado envanecida con su rapidísima fortuna llegó á perder enteramente su cabeza y las agenas. Los modesto peynados humillados en presencia de tan terribles promontorios de pelo artificial no se atrevian á parecer en público; pues hubieran huido acobardados á vista de tan disformes pelucas como los niños á la del coco; así es como la imprevista llegada de un gigante hace temblar y huir á un pigneo; pero hasta la misma peluca llegó á sufrir las incomodidades de tanta grandeza. Tachóse á su orgullo de tiranía; hubo quejas, murmuraciones, y en fin una resistencia abierta á su opresion. Salió la primera voz de los exér-

citos; pues tanto los oficiales como los soldados, impacientes de su yugo gritáron: "Guerra, guerra de muerte á las intolerantes pelucas." Resonó este grito en los campos, en las ciudades y aun en las cortes; mercaderes, labradores y caballeros, todo el mundo conspiró contra las pelucas, y la proscripcion general se extendió hasta las humildes pelucas á la *Brigadiera*, que los mismos hijos de Marte, habian perdonado ántes. Se proclamó la libertad de las cabezas, y los cabellos naturales recuperáron durante algunos años el dominio que sus ribales les habian usurpado; pero no gozáron por mucho tiempo de su triunfo. En vano disputáron á las difuntas pelucas el prémio de la gracia, pues cada dia se iba aumentando la incomodidad del peynado, y á cada instante la juguetona viveza de los indiscre-

tos zefirillos venia á arruinar el aéreo edificio de los peynados nuevos. En medio de esta perpetua oscilacion se viéron reducidos los petimetres á echar ménos la inmovilidad de las pelucas, como en medio de una tempestad suspira uno por el sosiego y reposo.

Las pelucas volviéron en fin á consolar las cabezas que se habian mantenido leales, y apareciéron con nuevo lustre.

Dícese que la adversidad es el crisol del sábio; y así las pelucas habiendo conocido en la experiencia de lo pasado los peligros del orgullo, adoptáron por esta vez formas mas modestas. El hombre avariento pudo á poca costa cubrir su flaquísima frente con una peluca de alambre, y con esta especie de casco guerrero pudo arrostrar á la lluvia, á los vientos y aun á los hielos; dichoso, pues que al morir dexaba intacta á su hijo

la peluca que heredó de sus abuelos: esta era la verdadera peluca *económica.*

Jamas la familia de las peluqueas habia presentado tanta variedad. Los cabellos unas veces sueltos y extendidos con gracia y libres en su longitud, formando una punta caian hasta mas abaxo del talle, semejante á una pera, cuyo rabo se perdia en la cintura; y á esta llamaban la *peluca naciente:* otras despues de haber formado un rodete junto á la frente y las sienes figuraban sobre el colodrillo un cono al rebés, cuya punta amiga de perfumes iba á meterse en un saquito oloroso y esta llamaban la *peluca con bolsa:* aquí divididos en su extremidad se retorcian sin ningun lazo formando dos rosetas naturales, y esta era la peluca con lazo: allí rizados en figura de gruesas castañas, arreglada en escalera sobre

un paralelogramo doble formaban entre las dos orejas dos escalas movedizas separadas por un muy largo chorizo, y esta era la peluca *quadrada* amiga de los abogados. Mas allá saliendo juntas de una media luna de pelo se dividian luego sobre cada espalda en dos bastoncillos paralelos que sujetaban lado á lado las puntas de una cinta. ¿Quién no roconoce aquí *la peluca de dos colas*? poco estimada de los franceses; pero muy querida de las damas y caballeros alemanes, pues que se decoraban con ellas en las fiestas solemnes y en los bayles de etiqueta, no atreviéndose nadie á presentarse en las cortes de aquellos payses sin semejante adorno, y tambien se servian de él los cómicos para hacer el papel de príncipes en las tragedias. En fin ¿quién lo creerá? se vió al cristal hacerse manejable, é hilado por diestras

manos, formar cabellos y bucles delgadísimos, y qual un nuevo cometa desplegar su radiante cola sobre la órbita de una hermosa cabeza; pero si esta especie de pelucas tenia la brillantéz del vidrio, tambien era tan frágil; y así sucedia á menudo, que despues de haber brillado sobre el orizonte con todo el resplandor del sol, el astro, hecho polvos al menor choque, padecia en su apogeo un eclipse eterno.

Esta facilidad que las pelucas tenian á prestarse á todos los gustos aumentaba á ojos vistas el número de sus partidarios, y les aseguraba muy leales amigos. La moda hija del deseo de agradar, y madre de importantísimas nonadas acababa de dar la mayor voga al amplísimo rendingote originario de Londres, al ligero frac escapado de Varsovia, al gótico falbalá inventado allá en el siglo XV.

y renovado ahora, á la inconstante palatina que habia desertado de lo interior de la Germánia, á los cuellecitos estrechos, débiles hijos de las anchas valonas del tiempo de Felipe II., y alfiñicados, padres de nuestras amplísimas corbatas, las chorreras de encaxe imitadas de las colas de los pavos reales. Pero estos efímeros abortos de los caprichos de un siglo alocado no brilláron mas que un instante en la escena del mundo. Perdiéron todo su crédito quando la peluca firme sobre tantas ruinas aparecia cada vez mas radiante báxo nuevas formas; quál el fenix que de sus cenizas renace mas hermoso, ó semejante al polipo, el qual fecundado por sus propias heridas, produce cortado por el agudo cuchillo un enxambre de nuevos polipos, la indestructible peluca siempre la misma, aunque siempre variando, parecia inaccesible al tor-

rente de los años; y se diria que el tiempo deteniendo su guadaña temia encontrar en ella los cabellos de Niso.

Hasta últimos del siglo pasado la peluca habia mostrado cierta predileccion por las frentes masculinas; pero desde entónces ha dado en inclinarse mas al bello sexô. ¿Pero quién tendrá bastante ciencia para formar aquí la numerosísima nomenclatura de las pelucas? El peluquero mas hábil en su historia natural temblaria de encargarse de tal empresa.

Me contentaré solo con nombrar la peluca á la *tirabuzon*, *la ganchosa* que cubre en parte el ojo derecho, y dicen fué inventada por una tuerta: la peluca á la *inglesa* que llega á confundir hasta el mismo bonetillo que la cubre: la peluca á la *española* de pelo castaño y reluciente, y cuya punta cae atrás con mucho salero.

Contemplad aquel turbante oriental. Como su doble cordon de perlas vá formando una greca sobre un fondo de gasas. ¿Y aquella media luna movediza no parece jugar con aquel ananás dorado que sobresale formando una pirámide? ¿Este turbante reuniria este fausto asiático sino estuviera orgulloso de parecer sobre una peluca á la *turca*? ¿Quál es aquel peynado ménos orgulloso pero de mas gracia que se eleva y adelgaza como una perilla cogida entre dos coronas de rosas? Así dicen que fué tu peynado: ¡oh! diosa del amor, quando báxo los misteriosos bosques de Ida, el dichoso París te concedió la manzana de oro. Para el vulgo este tocado no es mas que un *moñete* en figura de pera; pero para un erúdito es una *frigiense*, ó una *peluca á la Venus*.

Al mismo tiempo que vemos el astro del dia obscurecer al le-

vantarse á todos los astros de la noche, así brillan sobre todas las pelucas como hermosas vencedoras las pelucas á la *griega* y á la *romana*.

La opinion pública incierta entre estas dos rivales abandona ya á una, ya á otra la palma de la victoria, y el que las considera teme escoger, y no hace mas que admirar.

Aun mismo tiempo noble y sencilla la peluca romana, forma un moño de tres altos que no sufre polvos, ni mas adornos que las tres vueltas de una cinta de color de fuego. Á veces en varonil frente consiste su adorno en no tener ninguno, y el complemento del arte consiste en ella en imitar la naturaleza.

¿Adónde se dirige volando ese rapidísimo birlocho? Los cabellos de la hermosa dama que en él va sin adorno alguno, parece que

amenazan á las nubes; sin embargo aquellos revoltosos enanos no tienen desde su raiz á su cima, mas que una pulgada de alto. Una cabeza peynada de este modo representa muy bien un puerco-espin; pero no tengais miedo, pues no todas las rosas pican, y con una peluca á la *Tito* nuestras hermosas señoritas, solo son desdeñosas é insensibles en la apariencia. ¿Quántas de estas que solo tienen de *Tito* la peluca, pueden decir de vuelta del paseo: *cierto que no he perdido el dia*, y en esto qué alusion tan bella no hago yo á la historia de aquel emperador romano?

La peluca á la *Caracalla*, que ha sido como heredera de la peluca á la *Tito*, tiene una hechura mas agradable. Sus puntas en lugar de salir como puas derechas, van formando rizitos muy sutiles; á veces se adorna con una hermosa guirnalda, y aun se perfuma con

delicados olores. Entónces si la hermosa dama se calza el coturno; si su talle semejante al tigre ó leopardo aparece abigarrado con un chall ó pañuelo manton de mil diversos colores y matices; si dos hermosas perlas adornan sus orejas, entónces triunfa la peluca romana, y apénas se atreve á aparecer la peluca griega.

Sin embargo, ¡quánta gracia no tiene la peluca á lo *Aspasia* que nos regaló la sábia Aténas! Aquel moño cayendo ántes sobre un cuello blanco y lustroso, qual el alabastro, lo ocultaba enteramente á la vista; pero ahora la dorada melena forma sobre la hermosa cabeza una cinta circular, y ostenta un gracioso ramillete de azucenas. ¡Quán bien cae este peynado con una camisa á lo sacerdotisa!

De este modo la peluca hecha un verdadero protéo y un peynado cosmopolita pertenece á

todas las edades, á todos los sexôs y á todos los paises. El mismo Ovidio que cantó los metamorfoseos no podria cantar ahora todas las transformaciones de la peluca. Perseguida á veces; pero jamas persiguiendo permite á los cabellos naturales que acudan á aumentar su volúmen; pero como observa con la mayor escrupulosidad las reglas del aseo, no los admite sino han pasado por la prueba de la lexía; y sus hermanos adoptivos pueden presentarse de un modo honroso con el nombre de *cabellos bañados.*

Y vósotros juiciosos amantes de frentes pequeñitas, sino chocan ya á vuestra vista aquellos desapacibles ángulos que convertian las cabezas de nuestras abuelas en feas figuras geométricas; si vuestras miradas pueden fixarse con agrado en tan bellas frentecillas á lo *Safo*, dad gracias á la nueva moda de

las pelucas y peinados á la *inocente.*

No puedo en verdad, lectores mios, privaros de un trocito de erudicion á cuento de las frentes á lo Safo: pues habeis de saber que los antiguos gustaban mucho de las frentes pequeñas, y así lo dice Winkelman en su *historia del arte entre los griegos* alabándolas como hermosas. Segun Luciano en el diálogo de las cortesanas, una frente grande y espaciosa era tenida por fea y deforme tanto en Roma como en Aténas; y aun en el dia sino hemos de negar el testimonio de los viageros modernos, las mas hermosas circasianas, para achicar la frente, se baxan los cabellos hasta las cejas. Y Horacio ya habia dicho: *Insignis tenui fronte Lycoris*: las medallas de Safo la representan con una frente muy pequeña, y el gracioso Ovidio la llama *fronte brevis.*

DECLAMACION CONTRA LAS PELUCAS.

Yo deberia omitir este artículo sino me preciase de imparcial; pero habiendome propuesto deciros quanto yo sé ó saben otros acerca de las pelucas; y habiendo tratado ámpliamente de las extrañas formas que en diversos tiempos las ha dado la moda, no puedo ménos tambien de deciros los poderosos enemigos que han tenido, y las fundadas declamaciones que contra ellas se han hecho. Siento desagradaros, amables petimetres de ambos sexôs, pero no puedo faltar á la verdad. . . . . *Sed magis amica veritas.*

Senéca en su *tratado de la brevedad de la vida* declama agriamente contra las pelucas. *Tertuliano* en su tratado de los adornos mugeriles llama á las pelucas *vaginam capitis et verticis operculum.*

S. Gregorio Nazianceno en el *elogio de su* hermana Gorgonia dice: *que ella no se adornaba con joyas de oro, ni con cabellos postizos ni rizados con los quales se hiciese ignominiosa*: S. Ambrosio dice en el *libro de la virginidad*: "*Hermana mia, esos rizos no son adornos, sino pecados.*" S. Gerónimo en su epístola á Demetriades (*de servanda virg.*) prohibe expresamente los afeytes y las pelucas. Un concilio celebrado en Constantinopla en el año de 692 excomulga á los que llevan pelucas, y en el siglo XII muchos hombres virtuosos y doctos declamáron fuertemente contra las grandes pelucas que entónces se usáron.

A mediados del siglo XV. se declaráron contra las pelucas Alexandro de Hales, y San Bernardino de Sena, sosteniendo que era pecado mortal el llevar peluca. El satírico Marcial declamó tambien contra las pelucas diciendo:

Jurat capillos esse, quos emit, suos
Fabulla. Numquid illa, Paulle, dejerat?

Dicen que la bella Cloris
usa cabellos agenos,
yo digo que son muy suyos
pues la cuestan su dinero.

Dentibus atque comis, nec te pudet uteris emptis
quid facies oculo, Lelia? Non emitur.

Cidalisa compra
cabellos y dientes;
y si por desgracia
se vé que no tiene
la boca chiquita,
graciosa la frente
ninguno se admire,
que esto no se vende.

Lo único que puede consolarnos en tal desgracia es que la peluca no ha tenido en esta parte mejor fortuna que los demas vanos adornos, y que en esto mas se declama contra el abuso y exceso que contra el uso moderado y prudente. Poco escándalo puede causar una peluca sencilla y modesta llevada por necesidad ó abrigo.

RECAPITULACION.

Terminemos pues este ensayo, y convengamos en que el que quiera ir aseado, curioso, decente y modesto debe cortarse el pelo, y esto liso y llano; que á los petimetres se le permita por moda algun ligero tupé con tal que los pelos no se suban á mayores, y formen grandísimas puas de erizo que amenacen de herir las nubes; que los sucios y descuidados lleven melenas espesas, sucias y desgreñadas; que las pelucas queden solo para nosotros los calvos, ó para abrigo en invierno; y que el que quiera dar que reir lleve pelucas disformes con extrañas y feas figuras. *Dixit.*

Dexemos aquí la pluma,
me asustan las obras largas,
no apuremos la materia,
lo mejor es desflorarla.

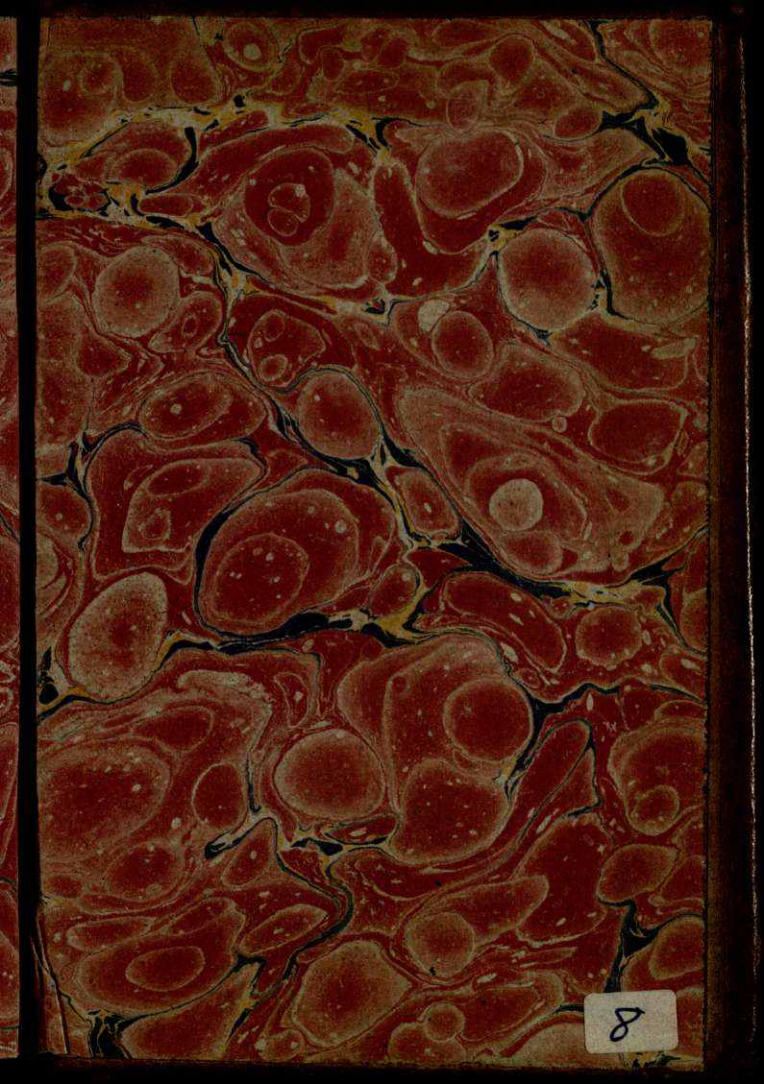
Sin embargo no quiero privaros de los siguientes versos que contienen saludables consejos.

ENDECHAS REALES.

Cloris te me figuras
con aquese postizo
sobre el cuerpo de Venus
la lanuda cabeza de un perrillo.
El tupé, que rizado
cubre el precioso brillo
de tus hermosos ojos
oculta sus dañosos extravíos.
¡Mas ay! que atravesando
sus intrincados rizos
miran quanto desean
sin temer el peligro de ser vistos.
No tienen tus cabellos
un color conocido,
son unos engañosos,
que ocultan siempre su color nativo.
Aprovecha el exemplo
galan inadvertido
que freqüentas el trato
por encontrar muger á tu capricho.
Tú que la quieres rubia,
y tú que has preferido
la de negros cabellos
juzgando mas hermoso su atractivo.

Quereis no ser burlados,
pues temed los postizos,
dudad de vuestros ojos,
y no admitais cabello sin registro.
Dexad, jóvenes bellas,
ese adorno mentido
á las viejas que quieren
ocultar de sus años el indicio.
Desterrad para siempre
ese pelo fingido,
que lejos de adornaros
oculta vuestros dotes peregrinos.
Cubre la hermosa frente,
campo del candor mismo,
y mucho mas hermosa
si el honesto pudor la presta brillo.
Cubre los negros ojos,
que arrojan fuego vivo,
siendo sus bellas cejas
el arco vencedor del dios Cupido.

R.55507 R-I-3


8